

Los rostros de la casa

Gonzalo Soltero



¿CUÁNTAS HORAS ALBERGAN LAS HABITACIONES de *Casa del tiempo*? Horas de lectura, horas dedicadas a escribir sus contenidos, a su diseño y distribución. Las palabras que forman el título de la revista tienen el significado ideal como punto de partida para reflexionar y divagar un poco sobre estos 35 años: un tiempo cumplido, un tiempo para celebrar. Sí, un sustancial motivo de festejo tratándose de una publicación cultural, cuya especie parece al borde de la extinción.

No está de más recordar el génesis del lema con que se identifica la Universidad Autónoma Metropolitana, que nombra también a la revista. “Casa abierta al tiempo” proviene de una frase en náhuatl —propuesta por Miguel León Portilla y adoptada oficialmente por el primer rector general de la UAM, Pedro Ramírez Vázquez— que refiere: “hacia el tiempo con rostro”. Este origen resulta sumamente propicio para la memoria de mi relación con *Casa del tiempo*, donde tienen un lugar importante ciertas portadas, los temas de algunos números y la diagramación de sus interiores; pero en primer lugar aparecen las caras conocidas que asocio a la revista y la han hecho posible en ciertos momentos.

Esos rostros no se presentan en medio de un limbo, sino en torno a un espacio muy concreto: la Galería Metropolitana en Medellín 28, colonia Roma, que fungió como domicilio primigenio de la entonces Dirección de Difusión Cultural. Un tiempo y lugar que ya no son. Esa colonia Roma se encuentra tan ajena en el tiempo que entonces era imposible conseguir un mezcal, las rentas eran baratas y nadie había oído hablar ni sospechaba lo que era un hípster.

Las exposiciones de artes plásticas habitaban por algunos meses la planta baja, creando una isla casi etérea de contemplación estética. Alrededor todo era movimiento constante, con frecuencia rayando en la hiperactividad caótica. En los dos pisos superiores se hallaban las áreas encargadas de diversas actividades artísticas, su programación y difusión. Cruzando la calle se ubica (todavía) el centro de derechos humanos CENCOS, mientras que al lado había un estacionamiento, y entre éste y Difusión Cultural un puesto de hamburguesas al carbón que ahumaba nuestras tardes. El calor en verano era mitológico. Las oficinas superiores podrían convertirse en un laboratorio metropolitano de cambio climático: con media hora dentro, cualquier escéptico sobre el calentamiento global sale convencido del fenómeno.

En este particular proscenio mi breve catálogo de rostros comenzaría, sin lugar a dudas, por el del maestro Bernardo Ruiz. Bernardo es el actual editor subdirector de *Casa del tiempo*, pero cuenta con el impresionante récord de estar, si no me fallan los cálculos, no en la primera ni en la segunda sino en su tercera ronda en el programa editorial de la UAM. Gracias a él comencé a colaborar con la revista: mi primer texto fue sobre el laboratorio de realidad virtual de la Unidad Azcapotzalco de la UAM que llevaba el sugerente nombre de “El Centro del Placer”. Los dominios digitales y las nuevas tecnologías, que entonces apenas se avistaban en el horizonte (estamos hablando de antes de que surgieran las cuentas gratuitas de correo electrónico), siempre han formado parte de los intereses de Bernardo, cuyo estilo se caracteriza

por bautizar las secciones de la revista con nombres tan enigmáticos que hacen falta veinte años de lectura o un par de doctorados para poder comprenderlos. Poco después inicié una columna llamada primero “Redeando” y luego “Diez ventanas al ciberespacio”, que duró una buena temporada y reseñaba destinos en la red de redes, la cual comenzaba a tejerse lentamente.

Al resto del equipo de esa etapa lo pude conocer mejor en mi paso por la Redacción de la revista: Teodoro Villegas, Mariana Bernárdez, Raúl Falcó, Martha Papadimitriou, Ernesto Lumbreras, Facundo Burgos, Cristina Dávila y Martín Aguilera Sanjuane-ro. En esa época de transferencia tanto de miembros del equipo como tecnológica recuerdo especialmente a Manuel Hernández, alias Brausen, quien fue el primero en digitalizar los contenidos de *Casa del tiempo* desde la pequeña oficina que compartíamos. Ahora que me asomo al sitio de la revista, veo que están los números de 1999 a la fecha. Es una buena porción de los 35 años que festejamos, son justamente los años posteriores a los que me refiero. Si recuerdo bien, Brausen digitalizó casi la totalidad de las dos décadas previas. Sería un proyecto tan atractivo como pertinente que se pudieran recuperar y poner en línea.

En esta rememoración festiva, además de recordar a las personas y lugares que daban vida a *Casa del tiempo*, también es importante pensar el papel presente y la proyección a futuro que tiene como proyecto editorial y cultural. Quisiera recuperar dos conceptos que usó Raymond Williams para referirse a la cultura: *proper and display*. El primero tiene que ver con ese dominio auténtico de cultura donde esta se desenvuelve de forma natural y fluida, plena de significado. La segunda hace referencia al uso instrumental que se le da a la cultura como una vitrina para mostrar decorativamente algunos elementos que en la realidad cotidiana se tienen olvidados o marginados: por ejemplo, el uso de artesanía huichol o wixárika en el extranjero por parte de nuestras delegaciones diplomáticas, mientras que este grupo indígena carece de lo básico en nuestro país. George Yúdice ha llamado “performativo” a este uso ornamental de la cultura, que también puede

comprenderse como gesticulación a partir de la obra de Rodolfo Usigli.

Semejante burbuja teórica en lo que hasta ahora discurría por el terreno de la nostalgia tiene que ver con que *Casa del tiempo* se ubica en el primer campo, manteniendo viva una tradición de discusión crítica y de géneros asfixiados por la hegemonía de las grandes industrias culturales sobre el mercado, cada vez más cercano a las pautas del mundo del espectáculo y el entretenimiento.

Sin la intervención de las universidades públicas (y otras dependencias del Estado), ¿qué lugar habría para la poesía, el ensayo o el cuento? Géneros mayores de la literatura que nos acompañan desde los albores de la civilización en *Gilgamesh*, los textos de Montaigne o la tradición iberoamericana de historias breves, tan magnífica como cada vez menos leída. De ahí la vigencia e importancia que tiene *Casa del tiempo* en cada uno de sus números.

Mencionaba al principio que los suplementos culturales son una especie en vías de extinción. Para comprobarlo es suficiente revisar cualquier fin de semana los periódicos, donde durante décadas florecieron estas publicaciones: ahora han desaparecido casi por completo. Como menciona Gabriel Zaid, los hombres de letras construyeron la casa de los medios de comunicación desde el periodismo escrito. Hoy las letras y la cultura están arrinconadas en un cuarto de azotea de esa casa, y eso cuando no han sido lanzadas a la calle. El tránsito digital de este tipo de publicaciones (documentado en un número¹ de *Casa del tiempo* que ayudé a coordinar) puede ser no necesariamente la panacea, pero sí al menos una vía de oxígeno. El tiempo dirá.

A pesar de todas las dificultades que se enfrentan para que los ejemplares salgan a la luz, cada número mensual o bimestral de esta revista constituye un logro cultural pleno de sentido. Y que no paren las prensas es, sin duda, motivo de celebración. ■

¹ http://www.difusioncultural.uam.mx/casadel tiempo/62_63_v_dic_ene_2013/index.html